

en el momento de asestar la flecha. Pero no, no temas, caminante; ahí voy yo á salvarte. Corro...

EL VASIA.

Un pária viene, un pária: prefiero encontrar la muerte en las garras del tigre, á deber la vida á un pária.

ORIEL (*despues de haber vencido al tigre*).

He luchado con el traidor de los bosques. Toma tus mercancías.

EL VASIA.

Antes mil veces las arrojaré al cercano rio. Yo no toco nada que haya tocado tu maldita sombra. Huye, huye de mí. El tigre que tienes muerto á tus piés me parece más humano que tú. Huye, huye de mí.

ORIEL.

Ni hacer bien es posible al desgraciado. Hasta el remedio, hasta la salud rechazan de mis manos. Por allá oigo el eco de un melancólico cantar.

UNA PASTORA.

Soy la piedra del hogar. Mis manos sólo sirven

para atizar el fuego en la cabaña y para ordeñar las vacas. Mi padre ha puesto el ramo á la puerta de casa, y ningun caminante lo ha mirado, ninguno ha querido llevarme á su lecho. Y yo, cuando me miro en la linfa tranquila del corriente arroyuelo, me creo hermosa. Y sé todo lo que debe hacer la mujer para agradar á su marido. Sé limpiar el dintel de la puerta, sé hacer unas sandalias, sé llevar sobre mi cabeza una carga de lino para lavarla en el rio, sé hilar y tejer, sé buscar las dulces yerbas para sacar de ellas el zumo de una grata bebida, sé poner las raices de las plantas alimenticias en la hoja del bananero, sé limpiar el sudor de la frente y besar los piés del que vuelve al hogar á caer en brazos de la mujer que ha elegido, y hasta sé las flores que he de oler en el hondo valle para ser fecunda y dar á mi familia robustos y hermosos hijos.

ORIEL.

¡Oh hermosa aparición, apiádate de mí! Hundidos los piés en la fresca yerba, clavados los ojos en el cielo, llenas de flores las manos, sonriendo paz y amor, ¿eres una fantástica figura que el rayo del sol ha fingido para mi consuelo en los giros del aire? Yo no me atrevo nunca á creer que

sea verdad ninguna ventura; porque si lo creyese, pronto se desvanecería. No te vayas, no; espera un poco para oír el lamento de este sér desgraciado y errante, á quien más han compadecido aún las fieras que los hombres. Yo te daré en cambio para tus negros cabellos una guirnalda de rosas en que mis lágrimas se mezclen á las gotas de rocío, y el aliento de mis besos á los embriagadores aromas. Déjame al ménos la felicidad de seguirte y contemplarte, que tiene el último de esos corderillos que con tus manos acaricias; deja que mi cántico se mezcle á sus balidos y al rumor misterioso de las selvas. Yo te seguiré con los ojos arrasados de lágrimas; y si lo mandas, subiré á las montañas como el águila, ó me arrastraré por la tierra como la serpiente. Las enredaderas se entrelazan á tus piés, el sáuce te sirve de apoyo, y el ruiseñor se cierne gorgendo sobre tu cabeza. ¿Por qué, por qué? Porque todo tú eres amor. Ya el sol se pone, ya el ave lanza su último gorgo, y la dorada abeja su postrer zumbido, y el humo sube de las cabañas, y las sombras bajan á la tierra, y la primera estrella rasga el velo que la envuelve, y las nubes del ocaso se enrojecen, y el áura de la tarde, precursora de la fresca noche, sacude los árboles y saca melancólicos

gemidos del arpa de la naturaleza: sentémonos descuidados en esta hora del amor bajo la copa del sáuce, como esos dos ruiseñores, que, dueños del aire y del cielo por sus alas, se contentan con reposar en sus pequeños nidos.

LA PASTORA.

En la puerta de mi cabaña hay un ramo. Ese ramo quiere decir que mi padre me vende. Si tú tienes oro para comprarme, entra, págame, y mi padre me llevará de la mano á tu vivienda. Y seremos felices, muy felices. Yo te prepararé todos los días el necesario alimento, mientras tú trabajas en el campo. Yo ordeñaré las ovejas, cuando vuelvas sudoroso y jadeante de tu trabajo. Yo te seré fiel hasta la muerte, y despues de la muerte me arrojaré á una hoguera sobre tus mismas cenizas.... Pero allí viene mi padre.

EL SUDRA.

Hija, hija mia, no hables, no, con ese infeliz, que es pária; no hables, que su mirada quema, y su mano profana y corrompe todo cuanto alcanza. Pobres, sin propiedad ninguna, entregados á trabajar para los sacerdotes ó los guerreros, el cielo nos ha favorecido por extremo, no haciéndonos

párias. Aunque hayamos nacido de los piés de Brahama, somos una parte de su cuerpo, un fragmento de su organizacion divina. Es verdad que vivimos trabajando para nuestros señores, comiendo sus sobras, encorvados bajo la pesadumbre de nuestra carga como el camello, heridos por su látigo, constantemente apartados de toda ventura; pero tambien es verdad que todo lo debemos sufrir, por ser la voluntad divina, y que si resignados á nuestro destino y obedientes á nuestros señores, vivimos, podemos esperar despues de la muerte renacer en una casta superior, en la cual sea la vida más llevadera, y el trabajo más leve, y la recompensa más cierta. Pero si habláramos con el pária, pronto tambien nos convertiríamos en párias. Huyamos.

ORIEL.

Todos, hasta los desgraciados, me maldicen. Cielo que tienes lluvias para las plantas, aire para los animales, calor para todas las cosas, sólo para mí eres duro, sombrío, implacable. Yo necesito un dios, único refugio de este corazon atribulado. Estrella de la tarde, que brillas en las indecisas gasas del cielo, que te retratas en el dormido lago, que vas dejando una huella de luz en tu

misterioso círculo, que entonas allí en las esferas un cántico divino; tú, estrella, fuego de eterno sacrificio, lámpara de eterno templo, topacio engarzado en la diadema de la tierra, centella que nadas amorosa en el éther despedida acaso de la eterna lumbre, pensamiento de amor siempre luciente, ¿por qué no me dices si tú eres un dios?

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Yo no soy dios. El soplo que me encendió sobre la nada, puede envolverme en la nada. Algun dia esta luz se apagará, y una túnica de tinieblas envolverá en sus pliegues mis tibios resplandores. Algun dia estos átomos de oro que encantan la soledad de la noche, caerán como lluvia de cenizas sobre lo infinito, y serán esparcidos por los cuatro vientos. Yo no fui ayer, yo no seré mañana. Sube más, sube más en la escala de los séres, y acaso encuentres á Dios. Pero las estrellas que hormiguean como dorados insectos en la celeste flor de los cielos, no pueden ser dioses. ¡Ah! Acaso cada una de nosotras sea tan sólo una lágrima que se resbala por la megilla de Dios, y que al resbalarse alumbra al mundo. ¿Quién sabe si nos apagaremos mañana, como se apaga la luciérnaga bajo su verde hoja?

ORIEL.

No, no, estrella, tú no puedes ser dios; mi conciencia me lo dice, porque te apagas. Pero ¿y el almo sol? Tú, sol, que derramas la luz y la vida; que despiertas las aves y les enseñas sus dulces cánticos; que pintas, al deslizarte entre los bosques, las hojas de los árboles y de las flores; que bebes en la copa del Océano la esencia de las aguas; que envuelves en tu manto de fuego los astros, y al despedirte para dormir en el ocaso, los sacudes como un poco de polvo recogido en tu inmortal carrera; tú eres mi dios. Voy á ceñirte una corona con las flores que has pintado, á lavar tus aras con el agua que has vertido desde tus nubes sobre las peñas, á ofrecerte las piedras preciosas en que se encierran rayos de tu corona, y á sacrificarle todas las aves que te deben sus cánticos y sus amores y el calor de su vida, para que naturaleza entera sea tu espléndido holocausto.

EL SOL.

La eterna tempestad del tiempo que se agita sobre mi cabeza, me arrancará la corona de fuego que en los primeros dias de la creacion ciñó el Eterno á mis sienes, cuando estremecido de amor

arrojaba de sus manos los mundos, que caian en los espacios como las gotas de la lluvia en el sereno lago. Yo, en mi eterno sólio, he visto deshojarse tantos árboles, morir tantas generaciones, caer unos sobre otros tantos imperios, pasar y desvanecerse tantos cometas, hundirse en la eternidad tantos mundos, que á cada instante tiemblo, temiendo que cualquier soplo que pasa por mi disco sea el hálito de la muerte. Las estrellas vienen á rozarme con sus alas de oro los lábios, y se consumen prontamente en mi fuego como inocentes mariposas. Las flores levantan sus corolas para teñir con un rayo mio la pompa de sus hojas, y caen desmayadas y secas al contacto de mis ardientes besos. Las aguas se extienden bajo mis rayos, reflejan mis resplandores, y les arranco su vapor y lo disipo para formar el blanco lecho de mis nubes. Ilumino la cuna de todas las cosas, pero tambien su sepulcro. Enciendo en el Oriente la sonrosada luz de la aurora, y en el ocaso la antorcha funeraria de la muerte. Algun dia el soplo del Eterno que me encendió, me apagará, y mis cenizas cubrirán lo infinito, y el Universo volverá á cubrirse y envolverse en su negro sudario. ¿Y cómo ha de ser Dios quien teme á la muerte?

ORIEL (*dirigiéndose á la cabaña de un solitario*).

¿No habrá en tí, virtuoso eremita, un resto de corazón? Mirame buscando mi Dios, como el perro perdido en el desierto y separado de la caravana busca jadeante á su amo. He creído que mi dios sería la estrella, y cuando la he visto perderse, he alcanzado que no podía ser un dios aquella luz que se ocultaba. Al nacer la mañana he adorado el sol que las aves y las flores saludaban, y al morir el día he visto que no podía ser un dios aquel astro que se desplomaba en su ocaso. Por la noche, cuando el beso del áura me despertaba, y veía la luna en el cielo, quebrando sus rayos entre las ramas de los árboles, bañándose en el río, envolviendo en su tibia luz todas las cosas, la tomé por mi dios, y luego sentí que, si podía ser dios la luna llena, no podía ser dios la luna menguante. Después de la tempestad, cuando los árboles humedecidos llovían menudas gotas, y las pardas nubes se disipaban por los cuatro puntos del horizonte, creí ver un dios en el iris que teñía de varios colores las nubes, y al ponerse el sol sentí que el astro del día se había llevado consigo aquel arco, colgado un instante como una alhaja de mil flechas sobre las espaldas

de la tierra. Al llegar cansado al pié del arroyo y beber sus claras aguas, al oír el cántico del ruiseñor en la callada noche, al respirar la esencia de la flor, al contemplar la ola que besaba el escollo, encontraba allí dioses; pero pronto, al ver que todo pasaba sin tener un instante de duración, he creído que debía busear á Dios en el templo, en el libro de los sacerdotes. Mas los sacerdotes me han rechazado por el enorme crimen de haber nacido pária. Y héme aquí sin luz, sin idea, sin esperanza, aguardando á que el hombre sea más compasivo conmigo que la naturaleza. ¡Oh! Tú, tú me escuchas. Es la primera vez que me ha sucedido. Piedad, piedad de mí. (*Cae á los piés del solitario*).

EL SOLITARIO.

La conciencia me ha iluminado un instante, descubriéndome un rayo de verdad. Eres pária, pero eres hombre. Entra, entra en mi pobre templo. Yo te diré quién ha roto el huevo que contenía el espíritu del hombre; yo te enseñaré á leer el nombre sagrado que forman con su luz las estrellas en la celeste bóveda. Ven, pária; el único sér que no te maldice en la tierra soy yo. Tú eres pária, pero eres hombre.

ORIEL.

Pídemelo sangre, vida, cuanto soy. Si me quieres sacrificar en aras de tu dios, aquí tienes mi garganta; clava el cuchillo, y ofrécame como víctima propiciatoria en tus altares. Vamos, vamos pronto á conocer á tu dios.

EL SOLITARIO.

Vamos. Trae tu mano, y entraremos juntos. Voy á rasgar el velo de la verdad á tus ojos.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES (*aparece á las puertas del templo*).

¡Deteneos, no profaneis el templo! ¿Dónde vas, solitario hasta hoy santo, con un pária?

EL SOLITARIO.

Voy al templo á enseñarle la verdad, toda la verdad que se oculta entre los arreboles del cielo.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES.

¡Infeliz! Más te valiera no haber nacido. Ya que has intentado romper las leyes de la casta, serás castigado, yendo á caer en la última degradacion, en la postrer miseria. Huye, huye de nos-

otros. El templo se desplomará sobre tu frente, la tierra se abrirá á tus plantas. La nube tempestuosa vendrá á quemar tu frente, y los venenosos insectos á emponzoñar tus carnes. El agua será para tí hiel, los rayos del sol dardos, la lluvia amargas lágrimas, los dioses enemigos implacables, Brahama tu atormentador, el altar tu caldoso, y la dignidad que has perdido tocando á un pária, tu remordimiento y tu castigo. Los hombres todos de la India, ántes huirán de tí que del perro rabioso. Nada tendrás, nada poseerás, ni la limosna de la palabra divina. Tu habitacion será la madriguera del tigre, tu compañía los brutos, tu alimento las raíces que encuentres en tu camino, tu vestidura los hábitos de los muertos, tu vida una eterna maldicion y una eterna congoja. Tus hijos serán peores que los cerdos, y lo mismo los hijos de tus hijos. Y despues de muerto, cuando llega para todos los humanos la hora del descanso, Yama te sacará los ojos, calcinará tu cabeza en sus hornos, te arrancará las carnes con garfios, alimentará sus hogueras con tus huesos, hará un estandarte para reunir á sus vasos con tu piel, se adornará el cuello con tus dientes, beberá tu sangre, y morderá y mascarará tu corazon palpitante, entregando á los brutos

tus entrañas, que serán su pasto en toda una eternidad de dolores.

ORIEL.

Callad, callad. Yo he causado su desgracia, yo. Huiré de esta tierra de la India. Allá, hácia Occidente, he oido rumor de armas, y estrépito de escudos, y sonido de cascos de caballo en el suelo. Iré allí á buscar el aliento de vida que me negais aquí. ¿No ois la trompa guerrera? ¡Oh! Me precipito hácia el lugar en que resuena ese marcial estrépito. No me maldigais, no me maldigais. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Se pierde en los últimos límites de Occidente, lanzando agudos quejidos*).

EL ETERNO.

Aquí, fuera del espacio, lejos del tiempo, en la eternidad, donde brillan todas las ideas que son los tipos de las creaciones posibles, resuena como un eterno sollozo de la naturaleza el quejido del esclavo, desnudo, errante y hambriento, víctima que el hombre ha sacrificado á su propio orgullo. El sonido de la tempestad no será tan pavoroso como el eterno lamento del esclavo. La lluvia continua de luminosos mundos que lanzo á á los espacios, no es tan caudalosa como sus lá-

grimas. El hondo abismo donde la nada habita, con las fauces abiertas para tragarse el Universo, no es tan oscuro como su alma. La copa de hiel donde el mal amasa el brevaje con que envenena todas las cosas limitadas y finitas, no es tan amarga como su boca. ¡Infeliz, infeliz!

EL VERBO.

Señor, una lágrima rueda por mis megillas al ver el esclavo en la tierra. Redímelo, redímelo.

EL ETERNO.

Aún no ha sonado la hora de la redencion.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

